

§ LXIII.—San Vicente de Paul y sus señoras de la caridad y sus hijas de la caridad.—Importancia y grandeza de esta última institucion, y homenajes que le tributan en estos momentos el cisma, la herejía y el mahometismo.—Las hijas de la caridad, misioneras tambien de la verdad.—La obra de los niños expósitos y otras grandes obras de la caridad de San Vicente de Paul.—Mma. Legras y Mma. Goussault.—La mujer católica sola digna de comprender el gran corazon de San Vicente.—Por su concurso llevó él á efecto todas sus preciosas fundaciones.

San Vicente de Paul no debe ménos á la mujer católica sus prodigiosos resultados en su apostolado de la caridad, que San Francisco de Sales los suyos en su apostolado de la verdadera devocion.

La idea de la primera obra con que este grande hombre dió principio á aquel nuevo género de apostolado, la idea de la obra de las señoras de la caridad, le fué sugerida por una de aquellas nobles señoras de la parroquia de Chatillon, que él habia convertido, y que no viviendo ántes sino para el mundo, se hicieron despues modelos de religion y de caridad; y aconsejándose con ellas, fundó lo que se llamó en aquel tiempo la *primera caridad*, ó aquella congregacion de señoras encargadas de socorrer á las familias afligidas y de extinguir la mendicidad de una manera provechosa para el alma y para el cuerpo. En el reglamento que San Vicente formó para esta bella obra, habia insertado un artículo que decia: «No serán admitidas á este ministerio de caridad sino las señoras y las jóvenes cuya virtud y cuya sabiduría estén reconocidas. Ellas no tendrán otro nombre que el de *siervas de los pobres, y se gloriarán de tenerlo.*» Es evidente que al escribir San Vicente de Paul estas palabras contó mucho con el sentimiento exquisito que la mujer tiene del Cristianismo, y con la grandeza de su abnegacion, para haber creido que sería posible hacer que las mujeres aceptasen como un título de gloria el de *siervas de los pobres*; y no se engañó en esto. Sus primeras auxiliares en una empresa tan admirable, las mujeres, no sólo se gloriaron de este título, que contiene en sí solo todo el espíritu del Evangelio, sino que lo realizaron en toda la extension de la palabra, y aún más de lo que podia esperarse. La *primera caridad* de Chatillon tuvo un resultado muy feliz, y esto sugirió al Santo la idea de establecerla en Macon, y despues en

diferentes ciudades y en muchos pueblos de Francia, en los que los pobres se hallaban generalmente abandonados.

Él multiplicaba fácilmente estas asociaciones de resultas de sus misiones; pero era necesario visitarlas de tiempo en tiempo, sobre todo las de las aldeas, para darles las advertencias necesarias é instruir las en los servicios de los enfermos. Pues bien; estando él pensando lo que haria para mantener y perfeccionar estas nuevas congregaciones, le envió Dios en su ayuda una santa matrona, Luisa de Marillac, viuda de M. Legras, secretario de la reina María de Médicis. Débil de salud, pero fuerte de valor, esta grande y bella alma sentia una inclinacion especial al servicio y al alivio de los pobres; así, pues, ella entró al momento en las miras caritativas de San Vicente, se puso á su disposicion y se hizo su *visitador general* de las congregaciones que el Santo habia establecido en las diócesis de París, de Beauvais, de Senlis, de Soissons, de Meaux, de Chalons y de Chartres, y su *vicario general* para establecer otras nuevas en el reino de Francia. Ella consagró á este apostolado todos sus bienes y toda su vida; ella emprendió largos y penosos viajes; ella atravesó muchas veces la Francia en todas direcciones, con una fuerza de alma admirable en un hombre é incomprensible en una mujer, y recogió por todas partes tantos frutos y tantas bendiciones que no se pueden numerar. Ella no se detenía ordinariamente más que algunos dias en cada parroquia; ella restablecía las congregaciones que habian decaido, animaba á las mujeres que las componian, les enseñaba á servir á los enfermos, proveyéndolas de lienzo y de medicinas. Verdadero apóstol de la fe y de la caridad al mismo tiempo, reunía, con el consentimiento del cura, las jóvenes del pueblo en una casa particular, y las catequizaba y las instruía en los deberes de la vida cristiana. Si habia en el pueblo maestra de escuela, le enseñaba á ejercer su oficio, y si no la habia, procuraba que se pusiese una que fuese á propósito para tal cargo, y para adiestrarla mejor, comenzaba ella misma á dirigir la escuela y á instruir á las niñas en su presencia. Así fué como San Vicente de Paul, ayudado por una mujer, formada en armonía con su espíritu y su corazon (*Adjutorium simili sibi*), consiguió establecer en toda la Francia, y por la Francia en el mundo, esas admirables sociedades de *señoras de la caridad*, en la que aún las señoras de más alto rango se glorian de servir á los enfermos, de consolar á los

desgraciados y de cuidar á los pobres; estos bellos ejemplos de abnegacion de la mujer católica fueron fecundos. Los hombres católicos no tardaron en seguir sus huellas, y por el modelo de las señoras de la caridad se formaron esas conferencias de San Vicente de Paul que en nuestros dias han adquirido tan grande desarrollo en toda la cristiandad, y cuyos miembros, jóvenes la mayor parte, aún de las familias más nobles y más distinguidas, consagran á asistir á los enfermos, á socorrer á los padres de familia pobres, y á ayudar á educar y á colocar á sus hijos, el tiempo y el dinero que otros malgastan en los placeres y en las locuras del mundo, y no es posible decir el bien que hacen á los pobres en su cuerpo y en su alma.

Nada diré de esas hermanas de la caridad, cuya prodigiosa vida se encuentra en estas bellas y patéticas palabras de su regla (porque su regla es su vida): «Ellas considerarán que, aún cuando no se hallen en un convento, porque este estado no es conveniente á los ejercicios de su vocacion, sin embargo, por lo mismo que se hallan más expuestas que las religiosas que están en el claustro y entre rejas, supuesto que no tienen más monasterio que las casas de los enfermos, ni más celda que una pobre habitacion, ni más capilla que la iglesia parroquial, ni más reja que el temor de Dios, ni más velo que la santa modestia; por todas estas consideraciones deben ellas tener tantas ó más virtudes que si hubieran profesado en una Orden religiosa.

» Al servir á los enfermos no deben considerar más que á Dios, y por lo mismo, no hacer más aprecio de las alabanzas que les dan que de las injurias que les dicen, á ménos que sea para hacer de ellas un buen uso, rechazando interiormente aquéllas, confundíendose en su nada, y agradeciendo éstas, para honrar los ultrajes hechos al Hijo de Dios en la cruz por aquellos mismos que habian recibido de Él tantos favores y tantas gracias.

» Ellas no deberán recibir cosa alguna, por pequeña que sea, de los pobres á quienes asisten, guardándose bien de pensar que ellos les están obligados por los servicios que les hacen, cuando, por el contrario, ellas les deben estar agradecidas, supuesto que por una pequeña limosna que les dan, no de sus propios bienes, sino de sus cuidados, se adquieren amigos en el cielo, y que aún en esta misma vida reciben, por causa de los pobres á quienes asisten, más

honor y más contento que pudieran esperar jamas en el mundo, de lo cual no deben abusar, sino más bien confundirse, considerando que son indignas de ello.» (*Reglas de las hermanas de la caridad*, Abelly, lib. II, cap. 3.º)

Todo el secreto de la abnegacion heroica de esas santas hijas está en esta santa doctrina de su regla; y esta misma doctrina explica las palabras sublimes en su misma sencillez, que una de ellas pronunció tres meses há, y que tuvo un eco de admiracion en todos los espíritus y de ternura en todos los corazones. El cólera se declaró en el ejército frances residente en Galípoli. Las hermanas de la caridad de Constantinopla no bastaban para el servicio del gran número de soldados acometidos por la epidemia. Entónces se dirigieron á las hermanas de la caridad de Smirna, y les rogaron fuesen á ayudar á sus compañeras y á reemplazar á aquellas heroínas que habian pagado con su vida su celo angelical por salvar la vida de sus compatriotas. La superiora respondió: *Irémos todas, porque felizmente nos hallamos todas desocupadas.* Así, pues, para aquellas grandes almas, ir á asistir á los enfermos con peligro de su vida es un recreo y una felicidad (1).

(1) La herejía misma acaba de tributar un homenaje público de admiracion y de simpatía á esos prodigios de la caridad católica que el espíritu de San Vicente de Paul, siempre vivo en sus heroicas hijas, ha obrado en nuestros mismos dias. En un diario protestante, *The Illustrated London-News*, del 30 de Setiembre, se lee:

«Para remediar los males de la guerra, que se hacen sentir hasta en Pera, arrabal de Constantinopla, es necesario citar la llegada de Francia de veinticuatro hermanas de caridad, hijas de San Benito, que fueron á reemplazar á las que habian sucumbido bajo el peso de sus trabajos. Hay en Gálata un convento habitado por esos ángeles de caridad, del que se ha hecho un hospital frances. Este hospital, servido por tres de esas piadosas mujeres, ha sido visitado por un artista, que ha obtenido de ellas una interesante reseña acerca del modo con que emplean el tiempo, la cual ha tenido á bien comunicarnos.

» Á excepcion de la casa en que viven, dice, no poseen ellas absolutamente nada; ellas son pobres como los mendigos, ellas no tienen más renta ni dotacion que una perseverancia y una resignacion casi milagrosas. Con el auxilio de algunas limosnas, recogidas en la poblacion católica, han conseguido fundar dos escuelas, una en su propia casa, que contiene cerca de cien niñas, y otra de turcos, lo que se considera como la cosa más admirable.

» Ellas tienen el dón de estar casi en todas partes á la vez; porque, en efecto, á excepcion de los momentos que emplean en sus escuelas, se las ve ir de casa en casa, visitando á los pobres de todas las religiones. Cuando ellas llegaron á Constantinopla, el pueblo las recibió con las mayores señales de res-

Pues bien, ¿cómo pudo San Vicente de Paul establecer esa grande é inmortal institucion, que vale más por sí sola que todas las frias doctrinas y los afectos estériles de los filántropos de la incredulidad? Él pensó que podian utilizarse, para servir á los enfermos por el amor de Dios, aquellas buenas jóvenes de las ciudades y de las aldeas, que por una parte no desean casarse, y por otra carecen de la vocacion y de los medios necesarios para hacerse religiosas. Mas él comprendió tambien que para hacerlas aptas para este ministerio era necesario instruirlas en dos cosas: en el servicio de los enfermos, y más aún en los ejercicios de la vida espiritual, siendo

peto. Los turcos las llaman los *médicos*. Ellos no pueden comprender su desinterés; ellos están llenos de admiracion y de gratitud por los bienes que las ven hacer continuamente. Con mucha frecuencia varias personas ricas iban en busca de ellas, de tal modo, que los médicos de Pera estaban resentidos de ello. Mas en la actualidad, cuando ellas saben que las señoras que las buscan se hallan en estado de pagar la asistencia que les reclaman, las hermanas se limitan á recomendarlas á un doctor europeo.

» Las hermanas de caridad no se contentan con visitar día y noche, y cuidar á muchos miles de enfermos, sino que visitan tambien las prisiones, llevando á los prisioneros vestidos y dinero. Ellas son tan conocidas y tan amadas, que cuando, por causa de alguna ocupacion, permanecen algun tiempo sin manifestarse en los hospitales, los pobres enfermos, los pobres heridos las envían á buscar.—Yo he sido llamada muchas veces á media noche, me decia una hermana, por un gendarme que tiraba de la campanilla del convento ántes de salir el sol, y venía á pedirme que fuese á la prision para cuidar á un preso moribundo.

» Existen cuatro de estas respetables hermanas en el hospital de Pera, que al momento que supieron que el cólera se habia declarado en él fueron á ofrecer sus servicios. Las que han llegado últimamente han sido distribuidas en los diferentes cuerpos del ejército destinados á la Crimea, siguiendo á las tropas y durmiendo en tiendas de campaña. Algunas de ellas acaban de morir del cólera en Varna y otras en Galipoli, de donde el cólera ha desaparecido quasi del todo.

» Ahora, que no hay peligro por ese lado, han vuelto á sus hospitales en busca de sus amados enfermos. El hospital que ellas sirven en Pera es un edificio construido cerca de un sitio llamado el Campo de los Muertos, que tiene una magnífica vista sobre el Bósforo y el mar de Mármara. Este edificio, destinado en su principio á una escuela de medicina, es de forma cuadrangular, muy espacioso, y ciertamente en la mejor y más bella situacion que ocupa en Europa ningun establecimiento de su clase. Este hospital no está enteramente acabado, pero en manos de los oficiales franceses lo estará bien pronto.» ¡Ved aquí cómo hablan los mismos protestantes de nuestras hermanas de caridad.

imposible perseverar largo tiempo en esta penosa vocacion, y vencer la repugnancia que la naturaleza tiene á ella, sin contar con un gran fondo de virtud. Mas ¿dónde encontró Vicente de Paul el hábil y virtuoso personaje que le ayudó en esta empresa? En una mujer: en Luisa de Marillac. En sus manos puso él aquellas jóvenes que juzgó más á propósito para comenzar esta nueva fundacion (Colet, *Vie de Saint-Vicent de Paul*), y bajo la direccion activa é ilustrada de esta gran señora se hicieron ellas capaces de corresponder á los designios de Dios sobre ellas, su número se aumentó en pocos dias y se formó la primera comunidad, que se convirtió en seguida en la numerosa y bendita congregacion de las *hijas ó hermanas de caridad*, que sirven á los pobres enfermos, que instruyen á las hijas y cuidan á las pobres madres; de esas *hermanas de caridad*, esparcidas al presente en las cinco partes del mundo, y á quienes los infieles, los salvajes, maravillados de su caridad sobrehumana, tienen por ángeles y les preguntan cómo han bajado del cielo. Así, pues, esta grande y bella fundacion, tan preciosa para los pobres y para los desgraciados, tan honrosa para el Catolicismo, tan poderosa para hacer conocer y amar la verdad de los dogmas cristianos por los prodigios de la caridad, y tan gloriosa para Francia, donde tuvo su cuna, cuyo nombre y cuyas alabanzas publican en todos los pueblos, fué el pensamiento del genio de San Vicente de Paul, pero realizado por una mujer. Pero permítasenos alguna otra observacion sobre este grande y delicioso objeto.

Hemos oido á San Vicente de Paul exigir un gran fondo de virtud, una virtud heroica, en sus *hijas de caridad*. Esto explica á los que no cierran voluntariamente los ojos para no ver, por qué los esfuerzos hechos, particularmente en nuestros dias, en San Petersburgo, en Berlin y en Lóndres para formar *hermanas de caridad* fuera del Catolicismo han fracasado completamente, y en vez de hermanas de caridad sólo han conseguido establecer hermanas mercenarias del egoismo, cuya existencia ha sido un escándalo más, habiendo dejado de existir bajo el peso del desprecio y del ridículo. No es posible formar de una mujer no católica una *hermana de caridad*, así como no puede hacerse con metal falso moneda de buena ley. Para hacer de una mujer una *hermana de caridad*, es necesario ante todo hacerle abrazar la profesion de la virginidad voluntaria, y establecerla en ella perpétuamente por medio de un

voto sagrado; es necesario tambien elevarla á la altura de sus penosas funciones por motivos sobrenaturales y por la práctica de la piedad más perfecta; es necesario fijarla y fortificarla continuamente en ella por la frecuencia de los sacramentos de la confesion y de la comunión. De la sagrada mesa, de ese foco del amor de Dios, es de donde la hermana de caridad recibe el prodigio de su amor á la humanidad. Pues bien, no es posible hacer nada de esto fuera del Catolicismo, que es el único que ha conservado con honor la profesion de la virginidad voluntaria, el más grande y más precioso de los consejos del Evangelio, y que es el único que posee los medios de trasformar al hombre y hacer de él el prodigio de lo que se llama un santo; porque no hay santos fuera del Catolicismo.

Por lo demas, parece que hoy todo el mundo está de acuerdo en este particular. Á las *hermanas de caridad* de la Polonia católica ha encargado el gobierno cismático ruso el cuidado de los soldados enfermos ó heridos en Sebastopol. En Grecia, habiendo ofrecido el general Mayran, comandante en jefe de la expedicion francesa, ántes de su partida para Crimea, al gobierno cismático de aquel pequeño reino dejarle los médicos y las *hermanas de caridad* del ejército frances para que asistiesen á los coléricos, aquel gobierno le dió las gracias por la oferta de los médicos, y sólo se apresuró á aceptar las *hermanas de caridad*, diciendo, al parecer: «Aquéllos los podremos encontrar donde quiera; pero éstas no las encontraremos en ninguna parte si vos no nos las dais.» En Lóndres, una señora protestante, lady N....., acaba de organizar una asociacion de *mujeres de caridad*, que deben ir á Oriente á ejercer en el ejército inglés las funciones que las verdaderas *hermanas de caridad* ejercen en el ejército frances; y los mismos diarios protestantes se han reido de ella, han calificado la empresa de locura y la han ahogado en su cuna por el ridículo. Lady N..... se ha dado por convencida, y modificando su plan, ha tenido la feliz idea de llevar consigo á todas las hermanas de caridad que ha podido reunir en los conventos católicos de la Gran Bretaña. Esta *modificacion* tendrá buen resultado; lo demas no será más que una carga, de que procurará desembarazarse cuanto ántes; porque, como ya hemos dicho, no es posible hacer que obren con un mismo fin las mujeres protestantes, que no tienen otro móvil de su devocion que las impresiones del espíritu privado, ni se hallan ligadas por ningun voto de obediencia.

cia. Esta dificultad por sí sola es inmensa; la han conocido, y han llevado mujeres protestantes para cuidar los enfermos y los heridos sólo en la apariencia; en la realidad sólo se esperan resultados de las hermanas católicas que han unido á ellas. Ved aquí al buen sentido inglés que va á hacer justicia á las preocupaciones anglicanas. De aquí nace el furor de los ministros anglicanos contra ese escándalo de poner en contacto con los soldados protestantes las hermanas católicas, que, segun ellos, *podrán atraer sus soldados al papismo*. Efectivamente, este *peligro* no es de todo punto imaginario. Sin embargo, se ha dejado que griten esos hipócritas y se han llevado las hijas de San Vicente de Paul á los hospitales del ejército inglés, á fin de ponerlo, áun en este punto, á la altura del ejército frances, en el que estas hijas obran esos prodigios que, como hemos visto, han excitado la admiracion y la envidia de los mismos periodistas ingleses. En fin, los turcos mismos han abierto tambien sus hospitales á esas admirables hijas, y las han recibido en ellos como á unos seres celestiales. Ved aquí, pues, al cisma, á la herejía y al mahometismo reducidos á pedir al Catolicismo estos *ángeles del consuelo*; reconociendo, por este solo hecho, que la caridad verdadera, la caridad, *más fuerte que la muerte*, es una planta exclusivamente católica, que no se encuentra fuera de nuestra Iglesia. Y ved aquí tambien, por este mismo hecho, las hijas de San Vicente de Paul convertidas en apologias vivientes de la verdad, de la santidad y de la divinidad del Catolicismo, y predicándolo con sus acciones sublimes á todos sus enemigos, mucho más poderosamente que pudieran hacerlo otros con elocuentes palabras. De modo que estos *apóstoles de la caridad* son tambien verdaderos misioneros de la verdad por todo el mundo. Contad, pues, si podeis, las sumas enormes de méritos que la mujer católica ha adquirido para con la humanidad y para con la verdadera fe, sólo con haber ayudado á San Vicente de Paul en la fundacion de sus *hijas de caridad*.

Al mismo tiempo que San Vicente de Paul instituyó su bella congregacion de las *señoras encargadas de cuidar á los pobres enfermos en sus casas particulares*, fundó tambien la obra de las *señoras encargadas de asistir á los enfermos en los hospitales*. Pero esta obra le fué inspirada tambien por una mujer, Mad. Goussault. Habiendo quedado viuda en la flor de su vida, y pudiendo por su riqueza y su

belleza aspirar á los partidos más brillantes en el mundo, abandonó al mundo para dedicarse únicamente á servir á Jesucristo en la persona de los pobres, particularmente de los enfermos del *Hôtel-Dieu* de París. Sus frecuentes visitas á aquel vasto teatro de todas las enfermedades humanas (ella pasaba en él casi todo el día) le habían hecho conocer que aquel establecimiento, en el que entraban anualmente cerca de veinticinco mil personas de todas edades, de todos los países y de todas las religiones, merecía una atención especial de parte de las personas celosas y caritativas; porque los pobres carecían en él de muchos auxilios espirituales y temporales, y porque, si estuvieran como debían estar, se cogeria un inmenso fruto para la gloria de Dios y el bien del prójimo. Ella representó todo esto, con el enérgico acento de la caridad afligida, á San Vicente de Paul, que se consideraba ya como el *encargado de los negocios* de los pobres en la tierra por parte de Dios, y como su tutor y su padre. Mas el santo sacerdote, no queriendo meter la hoz en mies ajena, respondió que nada podia hacer en el particular, y sólo por las vivas y continuas instancias de Mad. Goussault y de la mision que por causa de ella dió el arzobispo á San Vicente sobre el particular, se dedicó el Santo á abrazar la idea de esta mujer caritativa, *de establecer una congregacion de señoras que tuviese un cuidado especial de los enfermos del Hôtel-Dieu*. Apenas puso él la mano á esta nueva obra, cuando se encontró, no sólo secundado, sino aventajado por las señoras de la más alta distincion, en número de doscientas, y esta nueva sociedad se estableció bajo la direccion de la presidenta Goussault. Éstas eran princesas y duquesas, entre otras la Duquesa de Mantoue, despues Reina de Polonia; Isabel de Aligre, esposa del gran canciller de Francia; María Fouquet, madre del famoso superintendente de Rentas, y Mad. Polailou, que, como si París no fuese bastante al ardor de su caridad, iba de pueblo en pueblo, disfrazada de aldeana, á socorrer á los pobres, á visitar á los enfermos, á instruir á los ignorantes, á consolar á los afligidos y á restablecer el orden y la paz en las familias, y ella fué quien proporcionó despues á San Vicente todos los medios necesarios, y se encargó ella misma de fundar la *institucion de la Misericordia, para recoger á las mujeres que quisieran retirarse del desorden*.

Confiada á tales manos, ó por mejor decir, á tales corazones, es indecible el bien que produjo la obra de *las señoras que servian á*

los enfermos del Hôtel-Dieu. Desde el primer año la bendicion de Dios fué en ella tan abundante, que más de setecientos y sesenta luteranos, calvinistas ó turcos se convirtieron por ella al Catolicismo, y que muchas personas acomodadas de París, cuando estaban enfermas, pedian ser recibidas en él, pagando sus gastos, y aún mucho más, para ser asistidas como los pobres. Creian que por los cuidados caritativos de estas señoras serian mejor asistidos en él que en las casas particulares, y que entre aquellas almas heroicas, que practicaban en una grande escala la caridad con los hombres, experimentarían mejor los efectos de la misericordia de Dios.

Con el auxilio de estas mismas *señoras del Hôtel-Dieu* fundó tambien San Vicente otras obras muy importantes para el bien de las almas, para el alivio de la desgracia y para la gloria de Dios. Á ella confió el cuidado de recoger, alimentar y educar cristianamente á los hijos de los pobres de la ciudad y de los arrabales de París, que vivian en un completo abandono. Con el auxilio de ellas fué establecida la casa de las *hijas de la Providencia*, para recibir, instruir y ocupar en ella á las jóvenes honestas, expuestas á los mayores peligros, que se hallaban sin refugio en París. Finalmente, con el auxilio de las mismas señoras estableció esa obra admirable de caridad en favor de esos pequeños seres, abandonados á la muerte por sus propios padres: *la obra de los niños expósitos*.

De resultas de la anarquía religiosa, intelectual y moral que las doctrinas de Lutero y de Calvino habian producido en todas partes, el número de esos desventurados niños abandonados en la puerta de las iglesias ó en las plazas públicas, en las ciudades, y principalmente en París, era muy grande, y los medios de socorrerlos eran muy pequeños. Los llevaban á casa de una viuda de la calle de San Landrin, que, auxiliada por dos criadas, estaba encargada del cuidado de alimentarlos; mas ellos morian de languidez ó de horribles enfermedades, ó de los brebajes emponzoñados que les daban para librarse de la carga de su existencia ó de la molestia de sus gritos, y lo que era todavía más sensible, los que no habian recibido el bautismo dejaban de vivir sin haberlo recibido. Este desorden conmovió profundamente el caritativo corazón de Vicente; pero no le era tan fácil remediarlo. Pues bien, lo que el *padre* de aquellos huérfanos del crimen no pudo hacer por sí solo, lo hizo con el auxilio de las *señoras de caridad*. Habiéndolas reunido

en una asamblea general, les expuso el estado de aquellos seres infortunados, con el fin de que ellas, con una generosidad sin ejemplo, adoptasen desde luego cierto número de ellos, y se encargasen después de alimentarlos á todos y de educarlos como á sus propios hijos. Hubo un momento en que, desanimadas al ver que los recursos de la obra no bastaban para las necesidades de la misma, se vieron obligadas á abandonar la empresa de su caridad, que habia conservado hasta entónces ó asegurado la salvacion eterna á un prodigioso número de aquellos desventurados seres. Mas como San Vicente se dirigia á unas mujeres católicas, le fué fácil, con la asistencia de la santa viuda de Marillac, que era su mano derecha, reanimar su valor. Él las reunió de nuevo y les dirigió el discurso siguiente, tan célebre por sus rasgos de elocuencia: «Y bien, señoras, la compasion y la caridad han hecho adoptar á esas pequeñas criaturas por hijos vuestros: vosotras habeis sido sus madres segun la gracia, desde que sus madres segun la naturaleza los abandonaron. Ved ahora si vosotras quereis abandonarlos tambien. Dejad de ser sus madres para ser al presente sus jueces: su vida y su muerte están en vuestras manos. Yo voy á recoger vuestros votos y á saber vuestro parecer respecto á ellos; ya es tiempo de pronunciar su sentencia y de saber si no quereis tener ya misericordia de ellos. Ellos vivirán si continuais cuidando caritativamente de su existencia, y por el contrario, morirán y perecerán infaliblemente si los abandonais; la experiencia no os permite dudar de ello.»

Al mismo tiempo algunos de aquellos pobres niños, que se hallaban ya en edad de articular algunas palabras, entraron en la sala donde se hallaban reunidas las señoras, con las manos levantadas en alto, con los ojos llorosos y el semblante affigido, y dirigiéndose á ellas, se arrojaron á sus cuellos, gritando: «Madres, madres, no nos abandoneis.» Se cree que fueron las señoras de Marillac, de Travertai y de Miramion las que dirigieron este asalto al corazon de sus compañeras en el apostolado de la caridad, y no fué necesario más para triunfar de ellas. Afectadas profundamente aquellas nobles almas compasivas por las palabras de San Vicente y por las súplicas y las lágrimas de los pobres huérfanos, lloraron con ellos y por ellos, y en el mismo instante se obligaron con juramento á continuar á toda costa aquella insigne obra de misericordia cristiana. Ellas compraron dos casas para recoger en ellas

los niños expósitos, donde las hermanas de caridad se encargaron de su educacion. Con el tiempo, esta obra que San Vicente de Paul, ayudado por las mujeres, estableció en toda la Francia, fué adoptada en todos los paises católicos, de modo que sólo por el concurso de las mujeres ha continuado y continuará San Vicente de Paul siendo en todo el mundo el padre de los huérfanos y el salvador de millares de niños.

¡Ah! Este grande hombre sólo se entendia con las mujeres; solas ellas le comprendian en sus nobles arrebatos, en sus trasportes de amor á los desgraciados, y moviendo sus corazones obtenia de ellas el Santo todo cuanto necesitaba para socorrer á los desgraciados. La mujer cristiana está siempre dispuesta para consagrarse al socorro de la desgracia. Esta es una necesidad y una felicidad para ella. Es suficiente darle impulso é indicarle el camino, para verla lanzarse en él con ese olvido de sí misma, con esa generosidad de alma, con esa constancia de accion que se necesitan para obrar prodigios. Este era el gran secreto, el sublime arte de San Vicente de Paul. Ningun hombre ha comprendido mejor al pobre y sus necesidades, ni lo ha amado más que él. Los proyectos de mejorar su suerte germinaban espontáneamente en el terreno de aquella naturaleza caritativa que la gracia del Evangelio habia fecundado. Pero ¿qué hubiera hecho él sin las mujeres? Muy poco ó nada. Él tenia necesidad de una ayuda semejante á él: *Adjutorium simile sibi*. Él la encontró en la mujer cristiana, única digna de comprender su corazon, siempre inflamado en el amor del pobre. Á él perteneció la idea y á ella la ejecucion, y ella no faltó al cumplimiento de su mision. De modo que jamas la mujer cristiana se ha presentado en ninguna parte más grande, más admirable, más sublime ni más digna de los homenajes del espíritu y del corazon, que en el concurso caritativo que ella prestó á todas las obras del apóstol de la caridad.